

Irak

YASER

La invasión de Irak

Poco antes del inicio de la invasión de Irak en marzo de 2003 Bagdad comenzó a cambiar. Las tiendas se vaciaron de alimentos enlatados, agua embotellada, linternas o cinta adhesiva, útil para evitar la rotura de los cristales de las ventanas ante la fuerza de la onda expansiva de una bomba. Aparecieron barricadas en las principales avenidas, se levantaron muros de hormigón para tapiar las puertas de algunos edificios oficiales y aumentó notablemente la presencia de soldados en determinadas zonas. La gente empezó a mostrarse nerviosa. Muchos bagdadíes confesaban ser incapaces de pegar ojo. La luna de aquellos días hizo compañía al insomnio colectivo de toda una ciudad que aguardaba la llegada de la guerra. Era una abstracción, resultaba difícil comprender el significado de esa frase que todos los iraquíes murmuraban o llevaban en mente: «Va-a-haber-otra-guerra». Era complicado desgranar los elementos de esa afirmación: nos van a bombardear, esas bombas matarán a muchos, dicen que así encontrarán armas de destrucción masiva y nos liberarán del dictador, habrá tropas extranjeras en nuestras calles, no habrá colegio, nuestras vidas se verán interrumpidas, nuestros planes... Va a haber guerra..., otra guerra, quizá Sadam sea derrocado, cómo será Irak sin Sadam, cuánto tiempo estarán bombardeándonos, dónde podré refugiarme de los ataques... No era sencillo comprender en toda su

EL HOMBRE MOJADO NO TEME LA LLUVIA

plenitud el significado de «guerra» ni imaginar que eso, una guerra, le iba a afectar a uno directamente, y quizá hasta matar.

Cuando me encontré con Yaser Alí, ya durante los bombardeos, me dijo eso precisamente: «Aquí ando, tratando de asumir esto de la guerra contra mi país».

Lo había conocido unas semanas antes. Ahora estaba más delgado y bajo sus ojos colgaban unas enormes bolsas. Era difícil dormir bien mientras las bombas caían en pleno centro de la ciudad. Me senté a su lado. Estábamos en la antesala de una morgue a la que habían llegado treinta minutos antes decenas de cadáveres: los muertos del bombardeo estadounidense sobre el mercado de Shoala. La sala olía a carne podrida y el suelo estaba inundado de sangre. Yaser acompañaba a un reportero británico para el que trabajaba como traductor. Llegaron más periodistas. Después entró un chaval de unos quince años, malherido, con el brazo vendado y una herida en el cuello. Estaba pálido, a punto de desmayarse. Tenía los párpados *a media asta* y la boca abierta. Yaser le ofreció un asiento, pero lo rechazó. Siguió avanzando lentamente, arrastrando los pies sobre el suelo lleno de sangre. Buscaba a su madre. Creía que su cuerpo podía estar entre los cadáveres amontonados en aquella morgue. Balbuceó algunas palabras hasta que se desplomó sobre una camilla y dos enfermeros se lo llevaron. Nos quedamos en silencio. Al cabo de un rato salió un médico para informarnos de la cifra definitiva de muertos: cincuenta y dos civiles, treinta de ellos mujeres, siete de ellos niños. Un hombre se abalanzó sobre el cuerpo inerte de su hija pequeña, lo cogió entre sus brazos y trató de frenar la sangre que aún brotaba de su cabeza. Después gritó y gritó y gritó. Yaser lo miró y salió corriendo a la calle. Era difícil digerir que había comenzado la invasión y que los líderes mundiales se vanagloriaban por ello. Escenas como la de aquella morgue se repetían a menudo. Ante ellas, toda palabra sonaba hueca.

Volví a ver a Yaser días después, en la carretera de al-Dora, en la zona sur de Bagdad. Allí yacían sobre el asfalto varios cadáveres carbonizados. Eran los cuerpos de una familia iraquí alcanzada por fuego estadounidense mientras trataba de huir en su coche de la ciudad, a punto de ser invadida. Unos metros más allá había un tanque nor-

IRAK

teamericano abandonado. Varios milicianos armados lo rodeaban como si se tratara de un trofeo.

«Ya están a las puertas de Bagdad», murmuró Yaser al ver el tanque. Pasó un grupo de hombres que escapaba a pie de sus casas, en busca de otros lugares más alejados del campo de batalla. Avanzamos un par de kilómetros hacia el sur y nos topamos con varias familias que huían en carruajes empujados por burros, cargados con sus pertenencias. Venían de la zona del aeropuerto, arrasada por las bombas estadounidenses. Algunos comentaban que allí se estaba empleando fósforo blanco, un arma que provoca graves quemaduras nada más contactar con la piel y cuyo empleo deliberado contra zonas habitadas es un delito.

«Esto está a punto de empezar... o de terminar —comentó Yaser—. La invasión ha llegado a Bagdad.»

Minutos después el suelo se movió bajo nuestros pies. Había comenzado una nueva oleada de bombardeos. Vimos varias columnas de humo a lo lejos y de nuevo el cielo rugió sobre nosotros. Corrimos cada uno hacia nuestro coche sin tiempo para despedirnos.

Había conocido a Yaser unas semanas atrás, en febrero de 2003. Yo había llegado a la capital iraquí como corresponsal en el país, con la intención de cubrir la inminente invasión militar. Un amigo jordano me lo presentó en la cafetería del hotel al-Rashid. «Éste es Yaser Alí», me dijo.

Frente a mí vi a un hombre de cuarenta y tantos años, delgado y de gesto serio. Llevaba unos pantalones de tergal subidos hasta la cintura y apretados con un cinturón de cuero y una camisa blanca bien planchada. Me contó que trabajaba desde hacía días para un periodista británico como traductor. Había aprendido inglés en la Universidad de Bagdad, donde estudió Filología Inglesa, y lo hablaba con fluidez aunque con un marcado acento. De vez en cuando, si se atascaba en la conversación, echaba una ojeada a un pequeño diccionario de inglés que sujetaba con fuerza con su mano izquierda. Actuaba con una solemnidad que me resultó graciosa.

«Me gusta el trabajo que hago —me dijo—. Gracias a él veo más de cerca qué está pasando en esta ciudad.»

EL HOMBRE MOJADO NO TEME LA LLUVIA

Durante varias semanas coincidí con Yaser casi a diario en la cafetería del hotel, donde intercambiábamos opiniones sobre la inminencia de la guerra, la labor de los inspectores de Naciones Unidas, la actitud de Washington o el papel de Europa.

En aquellos días había un ambiente de cierto nerviosismo. Bagdad era una ciudad aturdida que cada mañana se despertaba tratando de ignorar el hecho de que quedaba un día menos para convertirse en escenario de una guerra. Quienes vivíamos en ella podíamos no hablar de ello, esconder el miedo y la tensión, pero era evidente que la capital latía y respiraba al ritmo de una inquietante cuenta atrás. Y eso afectaba a cualquiera. Recuerdo a Mohamed, que un día me dijo que iba a enviar a sus hijos a un pueblo del norte de Irak para alejarles de los bombardeos, al día siguiente decidió que estarían más seguros quedándose en Bagdad, y al otro me contó que finalmente los enviaría a Siria, y una semana después me volvió a decir que permanecerían en la capital. Las dudas se multiplicaban entre la población iraquí y también entre los periodistas extranjeros, que aún no teníamos claro cuál sería el alojamiento más seguro una vez que comenzaran los ataques.

Una tarde, antes de la invasión, visité la casa de Yaser, situada en el barrio de al-Mustansiriya de Bagdad, un área poblada fundamentalmente por iraquíes de confesión suní. Se mostró orgulloso de las dimensiones de su vivienda. Había podido hacer frente a su pago gracias al dinero que le habían enviado unos primos suyos que vivían en los Emiratos Árabes Unidos. En ella, además de su mujer Rida y de sus cuatro hijos, vivían su madre Noor y su hermano Walid, divorciado años atrás. La casa era amplia y contaba con un jardín con varias palmeras, donde encontré jugando a los niños de Yaser: Akram, de nueve años, Nadia, de ocho, Yumana, de seis, y Mohamed, de cinco años.

Aquel día Rida, la esposa de Yaser, acababa de recibir más de diez sacos de arroz, harina y azúcar. Eran las raciones que el Gobierno iraquí repartía a la población desde el inicio del programa Petróleo por Alimentos, puesto en marcha en 1996 para amortiguar los dramáticos efectos del embargo económico impuesto por Naciones Unidas. El reparto solía realizarse cada mes, pero en febrero de 2003, ante la cercanía de la guerra, el Gobierno iraquí había optado por entregar raciones triples.

IRAK

Rida llevaba un vestido largo de color gris y cubría su cabello con un velo marrón. Sus dos hijos le ayudaron a colocar los sacos de comida en el sótano. Sus dos hijas, mientras tanto, correteaban por el pasillo agitando unos dibujos que habían hecho en la escuela y que representaban lo que ellas imaginaban que sería el aspecto de una ciudad bombardeada. La más pequeña había pintarrajeado todo de rojo y amarillo y en un rincón había colocado a una niña con trenzas y dos enormes lágrimas azules.

Con un vaso de té en la mano, Yaser me mostró todos los recorrecos de su casa. En el jardín había un pozo que él y su hermano habían cavado días atrás, siguiendo las recomendaciones de la radio, que hora tras hora recordaba a los bagdadíes que las aguas subterráneas de la ciudad fluyen a poca profundidad y que, por tanto, bastaba con cavar un poco para garantizarse el suministro. Junto al pozo estaban construyendo una pequeña habitación bajo tierra para refugiarse de los futuros bombardeos. Como ellos, una gran mayoría de los seis millones de habitantes de Bagdad hacía lo mismo: se preparaba ante la inminencia de un nuevo ataque militar. Para muchos no iba a ser el primero. Yaser había sufrido la guerra entre Irak e Irán y la primera guerra del Golfo. Varias generaciones habían crecido entre combates y enfrentamientos.

A pesar de la inminencia de la invasión, pasamos una tarde agradable y tranquila en aquel jardín. Lo recuerdo ahora con nostalgia. Los niños jugaron hasta entrada la noche mientras nosotros charlábamos bajo el cálido cielo bagdadí. A cada rato entraban y salían vecinos, amigos o familiares que simplemente pasaban por allí, iban a saludar, a conversar un poco, a pasar el tiempo en compañía, a estar sin más. Los vecinos más cercanos de Yaser, Hamude y Fátima, se quedaron a cenar con sus cinco hijos y de ese modo disfrutamos de una concurrida velada, rodeados de platitos con todo tipo de exquisiteces árabes y acechados por la sensación de que en breve Bagdad dejaría de ser lo que era. Ya de madrugada, Yaser se quedó pensativo mirando fijamente el tronco de una palmera y dijo: «Quizá cuando Sadam sea derrocado todo vaya mejor».

Días después, la madrugada del 20 de marzo de 2003, comenzó la invasión de Irak. Bagdad se paralizó. Los bombardeos estadouni-

EL HOMBRE MOJADO NO TEME LA LLUVIA

denses eran capaces de amedrentar a cualquiera. El suelo temblaba cada vez que un misil caía cerca; el ruido era ensordecedor. Las fases más duras de los ataques siempre se producían de noche; el sol se ponía y Bagdad se sumía en un silencio amenazador hasta que la alarma antiaérea comenzaba a sonar. Los bagdadíes escrutaban el cielo tratando de adivinar qué barrio, qué calle, qué casa sería destrozada esa madrugada. La tensión acumulada día tras día, bomba tras bomba, era visible en los rostros de la gente, cada vez más agarrotados, y en las miradas, cargadas de tensión. El 8 de abril las tropas estadounidenses ya habían rodeado Bagdad y emprendían el avance hacia el centro de la ciudad sin demasiados obstáculos. Fue aquella mañana cuando las fuerzas norteamericanas atacaron en el plazo de menos de tres horas tres grandes sedes de la prensa extranjera, incluido el hotel Palestina, donde mataron al cámara español José Couso. Su muerte marcó un antes y un después en los informadores españoles. Muchos decidieron abandonar el país pocos días más tarde. Yo me quedé unas semanas más. La explosión provocada por el ataque estadounidense me había dejado medio sorda, con un oído inflamado, un pitido interno, cierto aturdimiento y una indignación ilimitada ante la impunidad con la que actuaba el Ejército norteamericano. Quería seguir informando.

El 9 de abril los estadounidenses entraron en el centro de Bagdad, contemplamos cómo derribaron la estatua de Sadam Hussein y se dio paso a otra fase de la guerra. Llevaba más de dos meses en Irak, pero me parecían años. Cada día la muerte aparecía en forma de un cadáver tumbado en una carretera, de una alfombra de heridos agonizantes sobre el suelo de un hospital sin camas, de una madre *huérfana de hijo*. Me invadió una punzante rabia cuando me di cuenta de que poco a poco los medios de comunicación iban centrando su interés en otras noticias alejadas de Irak y me resultó enormemente hiriente que tantos políticos, periodistas e intelectuales afirmaran que la ocupación había sido un éxito, que la guerra había sido breve, eficaz y limpia. No se puede decir que una guerra es limpia. Es el adjetivo menos adecuado para describirla.

La dictadura había caído pero en su lugar habían llegado el caos absoluto, los saqueos y los enfrentamientos armados entre iraquíes

IRAK

ante la mirada impasible de los soldados ocupantes que presuntamente habían ido a instalar el orden y la libertad. Tuve claro que la guerra —en realidad era una ocupación, pero todos la llamaron guerra— no iba a ser ni breve ni limpia ni exitosa cuando contemplé cómo ardía la Biblioteca Nacional de Bagdad. Uno de sus empleados se acercó a las llamas hasta donde pudo, cogió un caldero con agua que alguien le acercó, lo echó sobre el fuego, miró hacia todos los lados en busca de más agua, de ayuda, gritó, y se sentó sobre la acera con la cabeza hundida entre las piernas. Tan solo unos metros más allá patrullaba un convoy estadounidense que en ningún momento hizo nada para intentar apagar el incendio. Miles y miles de libros, documentos y manuscritos de siglos de antigüedad fueron devorados por las lenguas de fuego en una metáfora inequívoca y premonitoria del futuro de la sociedad y la cultura de Irak. Horas después encontré al bibliotecario entre las paredes ennegrecidas y los papeles reducidos a polvo, caminando con la mirada perdida y el trozo de un libro chamuscado en la mano. No fue el único tesoro destruido. Las tropas estadounidenses permitieron el saqueo o el destrozo de otros grandes edificios emblemáticos, como el Museo de Bagdad.

Pocas semanas después de la invasión empezaron a escasear los alimentos, el agua potable y las medicinas. El suministro eléctrico solo funcionaba un par de horas al día, no había camas suficientes en los hospitales ante la avalancha de heridos, los médicos tenían que realizar operaciones quirúrgicas en el suelo, las líneas telefónicas no funcionaban. Todo el país estaba incomunicado, las instituciones se habían desintegrado y decenas de miles de iraquíes se quedaron sin empleo. Cientos de miles de personas imploraban trabajo ante las sedes donde se instalaron los nuevos amos del país. Y una de esas sedes era el hotel Palestina, donde nos habíamos alojado casi doscientos periodistas occidentales durante la fase de bombardeos —ahora quedábamos solo unos pocos, la mayoría se había ido y habían llegado otros nuevos, limpios, sin la mirada atormentada— y donde habían decidido alojarse unos cuantos mandos militares estadounidenses cuando llegaron a la ciudad.

Todos los días, al amanecer, hombres y mujeres se agolpaban a las

EL HOMBRE MOJADO NO TEME LA LLUVIA

puertas del hotel. Algunos portaban pancartas con reivindicaciones diversas: «Queremos un trabajo y un salario», «Tenemos derechos a alimentos básicos», o «¿Hasta cuándo estaremos sin luz y sin agua?». Permanecían allí horas y horas sin que ninguna autoridad los recibiera. Antes del toque de queda se iban a sus casas y regresaban al día siguiente con la primera luz de la mañana. Nadie quiso escucharlos nunca. Los soldados estadounidenses controlaban todas las entradas y salidas del hotel. Para ello, habían levantado puestos de vigilancia con vallas metálicas y muros de hormigón que rodeaban los jardines del Palestina. En torno a ellos se apelotonaban los iraquíes que imploraban ayuda en vano. La mayoría eran funcionarios que habían perdido sus empleos; otros eran trabajadores que seguían en activo pero sin recibir sueldo alguno. También eran perseverantes los miembros del sindicato de ingenieros; se habían quedado en el paro, creían que sus conocimientos podían ser útiles para la prometida reconstrucción del país y querían ofrecerse a las nuevas autoridades de Irak, que no eran otras que los militares estadounidenses. Pero los oficiales que había por allí se paseaban con gesto altivo y no concedían ni una mirada a la muchedumbre. Y no estoy hablando de personas anónimas. En ese hotel se habían instalado altos mandos del Ejército norteamericano y por él llegaron a pasar importantes autoridades, como el mismísimo Paul Bremer, enviado especial de Estados Unidos a Irak y uno de los responsables del caos y el desmembramiento del tejido social del país, al prohibir el acceso al empleo público a los afiliados del partido Baaz. O Ahmed Chalabi, recién llegado del exilio, un personaje con fama de corrupto que había colaborado con los estadounidenses en la planificación de la invasión y que ahora buscaba su tajada de poder en el nuevo Irak. Todos tuvieron a mano alguna clave para evitar la violencia y el sufrimiento: les habría bastado con escuchar las exigencias de los cientos de iraquíes que se congregaban fuera. Al cabo de unas semanas se produjo el primer atentado contra el puesto militar más cercano al hotel Palestina, situado a tan solo trescientos metros de su puerta principal. Murieron dos soldados estadounidenses. Oí la explosión desde mi habitación. No me sorprendió.

La mañana del 20 de abril me dirigí a casa de Nida, una amiga

IRAK

iraquí de la que no tenía noticias desde hacía semanas. Las calles parecían tranquilas hasta que llegué en un taxi a la calle Haifa. Al dar la vuelta a la esquina nos topamos con un tiroteo entre bandas de saqueadores. El taxista frenó en seco. Una anciana se desplomó delante del coche al ser alcanzada por una bala. Mientras el conductor la subía al vehículo se acercaron tres hombres armados con fusiles automáticos y con el rostro cubierto por un pasamontañas. Nos preguntaron qué hacíamos allí, me pidieron el pasaporte y, tras hablar con el taxista, nos abrieron paso. A tan solo trescientos metros de ese lugar controlado por encapuchados, y en el que llovían balas, había un puesto de vigilancia estadounidense con un tanque, un par de humvees —vehículos militares blindados— y varios soldados. Por lo que sabría tiempo después, es probable que algunos de esos militares se sintieran profundamente frustrados y perplejos por tener órdenes de no impedir el caos en Bagdad. Llevamos a la anciana al hospital al-Kindi, donde tan solo unos días antes los doctores habían tenido que empuñar las armas para evitar que unos ladrones se llevaran camillas, máscaras de oxígeno y medicinas, como habían hecho ya en otros centros médicos sin que los soldados estadounidenses movieran un solo dedo para impedirlo.

Tras esa ajetreada jornada regresé al hotel. Caía la tarde, el cielo tenía un tono rosa plomizo salpicado de las estelas blancas que formaban las bandadas de pájaros en su vuelo. Era una puesta de sol apacible. Durante la fase de los bombardeos apenas había sido posible divisar el cielo bagdadí. El Ejército iraquí había hecho arder noche y día cientos de zanjas llenas de petróleo, con la fallida intención de dificultar la visión de la aviación estadounidense. Durante dos semanas el horizonte había estado teñido por las inmensas columnas de humo negro que emergían de las zanjas. Parecía casi un milagro que el cielo hubiera recobrado ahora su color original. Agotada y con el corazón oprimido, me abrí paso entre la multitud que rodeaba el primer control militar cercano al hotel Palestina. Tenía prisa por llegar a mi habitación, debía entrar en directo para un informativo de radio y narrar el caos que había contemplado aquel día en Bagdad. Enseñé mi pasaporte y de inmediato los estadounidenses me permitieron la entrada. Caminé otros doscientos metros —a par-

EL HOMBRE MOJADO NO TEME LA LLUVIA

tir de ahí no permitían el acceso de vehículos— hasta llegar al segundo control militar. En torno a éste se arremolinaban más de un centenar de iraquíes que habían logrado burlar el primer control. Aquí las medidas eran más estrictas. Como cada día, me pidieron el pasaporte, mi tarjeta de periodista y el llavero inconfundible del hotel. Los enseñé y cuando por fin iba a entrar en el Palestina escuché mi nombre desde atrás. Me giré y vi una frente que me resultaba familiar asomando entre el gentío. Me quedé mirando con expectación.

«Olga, Olga», oí de nuevo. Era una voz cansada, un poco triste, que avanzaba hacia mí. Por fin llegó a la primera fila. Allí le vi, con el gesto agotado y más delgado. Era Yaser. Corrí hacia él y nos abrazamos con fuerza ante la mirada extrañada de los soldados extranjeros. Después nos observamos de arriba abajo, como si estuviéramos comprobando que estábamos enteros. La mirada de Yaser reflejaba estrés, tenía los mismos ojos que se nos habían puesto a todos durante la fase de bombardeos. Me contó que su familia se encontraba bien, pero que el hermano de su esposa Rida había muerto bajo las bombas estadounidenses durante la segunda semana de la invasión. Había ido en busca de agua embotellada y nunca volvió. Encontraron su cadáver en la morgue destrozado por la metralla de un misil. Después me dijo que necesitaba hacer una llamada telefónica. No era el único que buscaba desesperado un teléfono satélite. Todo el país estaba incomunicado. Los propios soldados norteamericanos iban por los jardines del Palestina implorando cinco minutos de teléfono satélite a cambio de una lata de comida. Lo usaban para llamar a sus madres.

«*Mummy, it is me. I am OK. I don't know when I'll come back, but I am sure it will be soon*», decían los soldados a sus madres; cuando colgaban nos preguntaban a los periodistas si sabíamos cuándo iban a regresar a su casa.

Pero quienes en realidad más necesitaban un teléfono eran los cientos de miles de iraquíes que se afanaban en reagrupar a sus familias. Antes de la invasión muchos habían enviado a sus mujeres e hijos a Siria o Jordania. Ahora el único modo de saber de ellos y de decirles que todo estaba bien o no era viajar hasta esos países o conseguir un teléfono. Yaser no me contó a quién necesitaba llamar y

IRAK

yo tampoco le pregunté. Supe por su tono grave que se trataba de algo urgente. Le dije que subiría a la habitación, donde tenía el teléfono, haría una intervención en la radio y bajaría de inmediato. También hablamos de la posibilidad de conseguir un permiso para que él entrara en el hotel. Algunos iraquíes que trabajaban para periodistas extranjeros habían logrado una tarjeta de acceso al Palestina tras ser sometidos a un interrogatorio militar.

—Me alegro tanto de que estéis bien —le dije.

—Y yo de verte, amiga.

—Vuelvo enseguida —contesté.

Me interné en la zona prohibida para los iraquíes mientras Yaser se quedaba ahí atrás, con tantos otros, esperando. No volví enseguida. Mi intervención en la radio duró casi una hora, y cuando bajé ya había comenzado el toque de queda. Todos se habían ido a sus casas. A la mañana siguiente me paseé entre la multitud de manifestantes congregados frente al hotel —cada día más hartos, más desesperados— en busca de Yaser, pero no lo encontré. Dos días más tarde regresé a España con una amiga iraquí que quiso salir del caótico Irak. Meses después, estando en Madrid, una pesadilla me despertó a media noche. Había soñado que mi amigo seguía esperando a que yo bajara con el teléfono. Hasta entonces lo había borrado de mi mente, quizá porque ésta optó por digerir ciertas vivencias a plazos, poco a poco. Tras ese sueño empecé a castigarme pensando que quizá aquella llamada que había necesitado hacer era de trascendental importancia. Durante un tiempo estuvo acechándome la imagen de Yaser esperando frente al hotel; me pregunté a menudo qué habría sido de él y de su familia. No lo sabría hasta dos años después.

Las guerras de Yaser y su familia

Yaser es el quinto y penúltimo hijo de una pareja procedente de la ciudad iraquí de Samarra. De allí era su abuelo paterno, Faruk Alí, nacido en 1875. Faruk era comerciante y transportaba mercancías a través del río Tigris desde Basora hasta Mosul. Su mujer era una si-